

FÍBULA CON ESMALTE

Fíbula tipo Feugère 29a23

Finales del siglo II (?)

Bronce y esmalte *champlevé*

4,9 x 3,5 cm

Nº de Inv. DX0903/14

La palabra latina *fibula*, recuperada y aceptada universalmente por todos los arqueólogos desde el siglo XVIII, define a un objeto metálico que sirve fundamentalmente para unir dos piezas de un tejido lo suficientemente blando cómo para que pueda penetrar una aguja aseguradora. Su función principal es mantener cerrada una prenda de ropa mediante un broche movido por un resorte o una bisagra, cuya morfología y sistema operativo son semejantes a nuestros imperdibles o broches.

Sus partes fundamentales son: cabeza, donde se aloja el resorte o charnela, dependiendo del tipo de fíbula, el puente y su arco, y el pie, formado por el guardapuntas o mortaja. Todas ellas se caracterizan por ser autónomas, funcionales, aleatorias y con un sistema de apertura y cierre que permite abrirlas y cerrarlas de manera fácil, cuantas veces sea necesario; pudiendo estar decoradas o no. Con todo, no todas las fíbulas presentan los mismos elementos, ni funcionan de igual manera: las fíbulas de aro abierto, las anulares romanas o en omega pertenecen a otra categoría. Otras variantes, con el arco plano, juegan un papel completamente diferente. Su pequeño tamaño y el poco espacio entre el arco y la aguja indica que debieron tener una función más estética que funcional; eran soportes perfectos para crear dibujos geométricos o representar escenas.

El tipo general de estas fíbulas, en las que aparecen representadas figuras de animales, fueron clasificadas por Michel Feugère como tipo 29, subdividiéndolas a su vez en dos grupos, las de arco simple y con un solo animal (29a), y las que representan escenas más complejas (29 b), teniendo una cronología no cerrada del siglo I- II d. C.

Dentro de esta tipología, la pieza que presentamos corresponde a variantes 23. Es un pavo real, de pie a la derecha, en el que se diferencian con claridad todos los rasgos anatómicos. La precisión del trabajo en la pieza se

aprecia en el tratamiento del ojo, resaltado por tres círculos concéntricos incisos, y en la separación por medio de una pequeña franja de líneas verticales incisas entre el cuerpo y el pescuezo. Está decorada en las alas con pequeñas manchas de esmalte en color azul e incrustación vítreas en color verde y rojo, y de color verde y negro antracita, en la cola. La articulación de cierre en el reverso no conserva la aguja de fijación, pero sí la bisagra y parte del guardapuntas. Está fabricada a molde y finalizada en frío, para conseguir una mejor precisión en los detalles. Apareció durante los trabajos arqueológicos dirigidos por Celso Rodríguez en 1996, en el solar de la antigua pista deportiva del Instituto Otero Pedrayo, conocido también como Pompeo, asociada a estructuras alto imperiales, en los últimos niveles de la cuadrícula C-2, y a una copa de terra sigillata hispánica Drag. 35, con una cronología de mediados del siglo II d. C.

Estas fíbulas, bastante comunes en los museos y colecciones particulares, son raras en las excavaciones, por lo que la pieza adquiere un gran valor testimonial como *fósil director*.

Los paralelos más numerosos y precisos los encontramos en el centro de Francia y en el Benelux; exactamente igual, pero en peor estado de conservación, es la hallada en Tournai, Hainaut, Bélgica o la de Titelberg en Luxemburgo, ambas con una cronología de mediados del siglo II o comienzos del III d. C. En la península, las más próximas son la esmaltada y en forma de pez, del período flavio-traiano, de las termas de *Bracara Augusta*, y la también esmaltada pero geométrica de Lugo, de la que desconocemos su cronología.

Muchas de estas fíbulas con motivos figurativos podrían tener una función apotropaica, como mecanismo de defensa mágico o sobrenatural, o estar asociadas a diferentes divinidades: el águila a Júpiter y al Emperador, las sandalias a Mercurio o el pavo real a Juno, diosa de la maternidad en la mitología romana y protectora del matrimonio y de las mujeres. No sería descaminado pensar que nuestra pieza pudiera ser la joya de una mujer que la hiciera sentir protegida en el hogar o en una próxima maternidad. No obstante, no debemos pasar por alto que estos patrones podían ser

absorbidos rápidamente por los cambios en la moda, usados en otros contextos y perder completamente su significado primario.

Para este tipo fíbulas Feugère distingue tres talleres:

Un taller A que se caracteriza por el uso frecuente de una decoración de bandas anchas y paralelas, ligeramente curvadas, realizadas mediante incisiones finas, colocadas sobre el cuello del animal y en todo el cuerpo.

Un taller B que produciría siluetas muy estilizadas, a menudo en movimiento, y decoradas con grandes cajas de esmalte en las que se alojaban pequeñas bolitas de pasta vítrea.

Y, por último, un taller C, con ejemplares menos numerosos, circunscritos a una zona geográfica concreta, lo que facilitó su estudio y, por tanto, son más conocidos. La mayoría de estas fíbulas se encontraron en Alesia y Augst (Suiza) y a menudo en la Galia centro-oriental. Es allí, probablemente en Borgoña, y quizás en Alesia, donde la actividad de los esmaltadores, muy famosa en la antigüedad, donde Feugère propone situar algunos de estos talleres.

El repertorio de los animales representados en estas fíbulas aparece también en las decoraciones de las sigillatas; con todo, es raro encontrar una correspondencia exacta, pero estos motivos debían circular por todo el imperio. De todos los animales representados, los más frecuentes son el hipocampo, el jabalí y el conejo en reposo. Se encuentran paralelos en los bronce, en la cerámica y en otras manifestaciones artísticas. Todos los artesanos debían usar el mismo repertorio iconográfico, que tal vez les era conocido por el tráfico de "cartones"; lo más probable es que cada artesano se inspirase en un objeto que llegara a él o del cliente a través de las rutas comerciales frecuentes, y que trabajara más o menos fielmente a partir de esos modelos. No obstante, Feugère opina que las fíbulas de tipo 29 no debieron ser fabricadas por un gran número de talleres.

Los modelos más antiguos parece que son aquellos que no utilizan ninguna decoración esmaltada: en cualquiera caso, una fíbula hallada en Augst, en un contexto que data del período Claudio- Tiberio, demuestra que las fíbulas más simples se remontan por lo menos a mediados del siglo I d. C., traspassando este período algunas de sus variantes y sus derivaciones locales, en cualquier caso todas parecen tener una cronología altoimperial.

Por su distribución, parece evidente, que algunas fíbulas son características de un área geográfica definida, y pueden ser entendidas como un indicador de pertenencia a una comunidad o región. Además de ser indicadores de género y grupo cultural, algunas reflejan la situación social de sus portadores, revelándonos su estatus social. Finalmente, muchas de ellas se debieron de usar también como símbolo de afecto personal: inscripciones, *comendo tibi amicitiam* o *amanti si me amas succurre*, grabadas sobre ellas demuestran que debieron de ser utilizadas como regalo, en señal de amistad o amor.

Por lo tanto, las fíbulas romanas son objetos muy útiles para la arqueología, en definitiva, para la Historia. Hay mucho trabajo por hacer. Identificar y comprender los diferentes talleres, los sistemas de distribución, la evolución y las variantes regionales. Es esencial difundir nuevos tipos y lugares de distribución para reconocer la vitalidad de los orfebres que sabían, aquí y allá, renovar un repertorio muy estandarizado, en un imperio globalizador.